

los otros sistemas, puesto que cada estrella es un sol, y que los trabajos del establecimiento continuasen siendo, por decirlo así, administrativos. Al lado de la admirable astronomía matemática y al lado de la mecánica celeste, había sin embargo sitio para una investigación más ideal, más poética y más viva. Yo no encontraba en mis conversaciones ningún eco a mis inquietudes astronómicas y filosóficas y empezaba a entristecerme al sentirme solo para ver en la ciencia de Galileo y de Képler otra cosa que coordenadas trigonométricas. ¿Estaba yo en un error? Cuando se es solo en su opinión, es a veces un mal signo. Me pareció que mi deber era hacer un examen muy serio sobre el particular.

XII

Mi primer libro impreso. — Éxito inesperado. — Reverso de la medalla. — Abandono el Observatorio y entro en el *Bureau de Longitudes*. — Victor Hugo. — Alfredo Maury. — El Emperador Napoleón III.

Esta situación fué la causa determinante de la redacción de mi primer libro impreso, *La Pluralidad de Mundos habitados*. Consagré el año 1861 a esta composición, inflamado por un gran ardor, como se está a los diez y nueve años, no dudando un solo instante llegar a demostrarme a mí mismo, que mi convicción de la vida universal extra terrestre era fundada. Yo no pensaba siquiera ver jamás impresas estas páginas, lo mismo que las de mi trabajo sobre la Cosmogonía y que mi « Viaje estático » a las regiones lunares, y escribía para mí mismo y para mi propia conciencia. En primer lugar, procuré estar absolutamente documentado. Leí todos los autores que habían tratado la cuestión, entre otros Fontenelle, Cirano de Bergerac, Kircher, Pierre Borel, Huyghens, Voltaire, Lalande, Laplace, David Brewster, John Herschel y Juan Reynaud. Remontaba más alto, a Galileo, a Képler, a Copérnico, y más aun todavía, a los anti-

CARILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID
U. A. N. L.

guos como Plutarco, a Lucrecio, a los platonianos, a los pitagorianos, a los druidas y a los arios. Cuando observaba que mis convicciones estaban apoyadas por las de los talentos más eminentes, estudiaba cada mundo en particular bajo el punto de vista de las observaciones astronómicas modernas. Después me dí cuenta de la enseñanza de la naturaleza terrestre en lo que concierne a las condiciones de la vida. Por lo demás, el título y el índice de las materias tratadas en este libro indican exactamente el orden de mis pensamientos. He aquí el título :

LA PLURALIDAD DE MUNDOS HABITADOS

Estudio en que se exponen las condiciones de las tierras celestes, discutidas al punto de vista de la astronomía, de la fisiología y de la filosofía natural.

Y he aquí el índice, en resumen :

LIBRO PRIMERO : ESTUDIO HISTÓRICO. — I. *Desde la antigüedad hasta la Edad Media.* — II. *Desde la Edad Media hasta nuestros días.*

LIBRO II : LOS MUNDOS PLANETARIOS. — I. *Descripción del sistema solar.* — II. *Estudio comparativo de los planetas.*

LIBRO III : FISIOLÓGIA DE LOS SERES. — I. *Los seres sobre la Tierra.* — II. *La vida.* — III. *La habitabilidad de la Tierra.*

LIBRO IV : LOS CIELOS. — *Inmensidad de los cielos.*

LIBRO V : LA HUMANIDAD EN EL UNIVERSO. — I. *Los habitantes de los otros mundos.* — II. *Inferioridad del habitante de la Tierra.* — III. *La humanidad colectiva.*

APÉNDICE : *La Pluralidad de los mundos ante el dogma cristiano.*

Mientras más avanzaba en este trabajo de análisis y de síntesis, más seguridad sentía en mis convicciones fundamentales. Aquello era para mí la apoteosis de la astronomía y de su fin supremo. La vida es una ley de la naturaleza, rebotando por todas partes

sobre la Tierra como de una copa demasiado estrecha para contenerla, y los otros mundos nos darán el mismo testimonio cuando sepamos descubrirlo, abstracción hecha del tiempo, porque nuestra época actual tiene la misma preeminencia sobre el pasado y el porvenir que la de nuestra situación en el espacio; hay mundos muertos como hay mundos futuros. Debemos mirar frente a frente el Infinito y la Eternidad, y ensayar de comprenderlos.

Esta concepción de la astronomía, expuesta en mi primer libro, y continuada después por mis otros trabajos, es, en cierto modo, el programa de toda mi vida científica y literaria. Esta nueva astronomía, como se la llamaba entonces sonriendo, es nuestra astronomía actual : es la ciencia del siglo xx. He tenido la feliz fortuna de ver nacer el análisis espectral de los cuerpos celestes, la fotografía del Sol, de los planetas, de los cometas, de las estrellas, de las nebulosas, y todos los métodos que desde hace medio siglo han substituido la antigua y letárgica astronomía matemática por la viva *astronomía física*. Entonces tenía yo contra mí a casi todos los astrónomos. En la actualidad, todos estamos de acuerdo. M. Faye, que con M. Le Verrier parecía tener en su mano el gobierno de las cohortes del cielo, escribía que la opinión de la pluralidad de mundos habitados es de una *idea mediocre y de pura fantasía* y casi indigna de atención. Un día — y ese día ha sido uno de los más agradables de mi vida — habiéndome sucedido en la silla de la presidencia de la Sociedad astronómica de Francia (3 de abril de 1889), se expresó en los términos siguientes, siendo entonces presidente del Consejo del Observatorio de París, presidente del

BIBLIOTECA ALFONSIANA
 U. F. N. L.

Bureau de Longitudes y decano de los astrónomos del Instituto :

« Los astrónomos de profesión consideran la ciencia astronómica bajo un punto de vista muy elevado, sin duda, pero quizás un poco estrecho. Preocupados en los graves problemas de la mecánica celeste, consideran el universo como compuesto de puntos materiales que obedecen a leyes precisas, cuyo estudio y aplicación constituyen justamente el objeto de sus trabajos. Pero hay algo más que puntos materiales en la naturaleza; nosotros mismos somos algo más que puntos materiales, porque tenemos vida, pensamiento y espíritu. Los globos planetarios no son solamente cuerpos inertes arrastrados por las leyes de la mecánica; son, en diversos grados y épocas diferentes, el teatro de una vida organizada, quizás de una vida humana más o menos desarrollada.

Colocándose en este punto de vista, M. Flammarion ha sabido descubrir en la astronomía otra cosa que el estudio árido de los movimientos celestes y de las gravitaciones. En este camino ha sabido llamar la atención del público y ha sabido interesar en la ciencia a una numerosa multitud que había permanecido hasta aquí completamente extraña a aquélla. A este título, M. Flammarion, que estaba apreciado entre los astrónomos prácticos, especialmente por sus grandes trabajos sobre las estrellas dobles, ha prestado un verdadero servicio a la instrucción pública, transformando, por decirlo así, el método de la enseñanza astronómica (1). »

Confieso que aquel fué mi gran triunfo. Había esperado un cuarto de siglo para ver llegar a los astrónomos oficiales a mis ideas, y por fin alcancé mi objeto. Se me dirá que el mundo de los lectores las había adoptado desde el principio, y que diez o doce sabios notorios son una cantidad despreciable ante

(1) *Bulletin de la Société astronomique de France*, año 1880, sesión del 3 de abril.

millones de lectores convencidos. No. Hay cantidad y calidad. Esta conversión era agradable y preciosa por su valor : los pequeños diamantes valen más que toneladas de carbón, aunque químicamente análogos.

« Usted ha hecho, me decía después Janssen, a su vez decano de los astrónomos del Instituto, usted ha hecho la síntesis de todas las ciencias para aplicarlas a demostrar su doctrina de la vida universal; usted ha llegado a tiempo, y todo ha venido a darle la razón. »

Añadiré que mi colaborador más eficaz en esta obra de fisiología general fué el planeta Marte. Más tarde hablaremos de esto.

He dicho que había redactado este libro, en primer lugar para convencerme a mí mismo, pero una feliz casualidad vino a favorecer su publicación. Encargado de corregir ciertas pruebas de los *Annales del Observatorio*, redactados por M. Le Verrier, y de llevarlas algunas veces a la imprenta Mallet-Bachelier, que se encontraba en mi camino a mi regreso a París, en el quai des Grands-Augustins, el director de la imprenta, M. Bailleul, que había estado en relación con Arago durante unos veinte años, como impresor de las Memorias de la Academia de Ciencias, de que Arago era secretario perpetuo, notó un día (noviembre de 1861) que yo sacaba del sobre un paquete de papeles. Era un capítulo de mi libro en el que había trabajado durante el día en el Observatorio, que llevaba a mi casa y que había metido en aquel gran sobre para no doblar las hojas. M. Bailleul era todo un personaje, que llevaba ostensiblemente una gran cinta de la Legión de Honor en el

BIBLIOTECA ALFONSIANA
 DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE ESPAÑA
 U. A. N. I.

ojal y director de la primera imprenta matemática de Francia, llegada a ser después la imprenta de Gauthier-Villars a la muerte de M. Mallet-Bachelier. Era además muy brusco y el terror de los tipógrafos.

— ¿Qué hace usted, joven?, me dijo.

Yo le di mis explicaciones.

Se extrañó de verme escribir un libro científico a mi edad, y me pidió que le dejara aquel capítulo para leerlo.

Cuando volví a la imprenta, algunos días después, para llevarle nuevas pruebas, entabló conmigo una larga conversación, que no le era habitual, y me hizo saber que había leído mis páginas con el más vivo interés y me aconsejó hacer imprimir el libro tan pronto estuviera terminado.

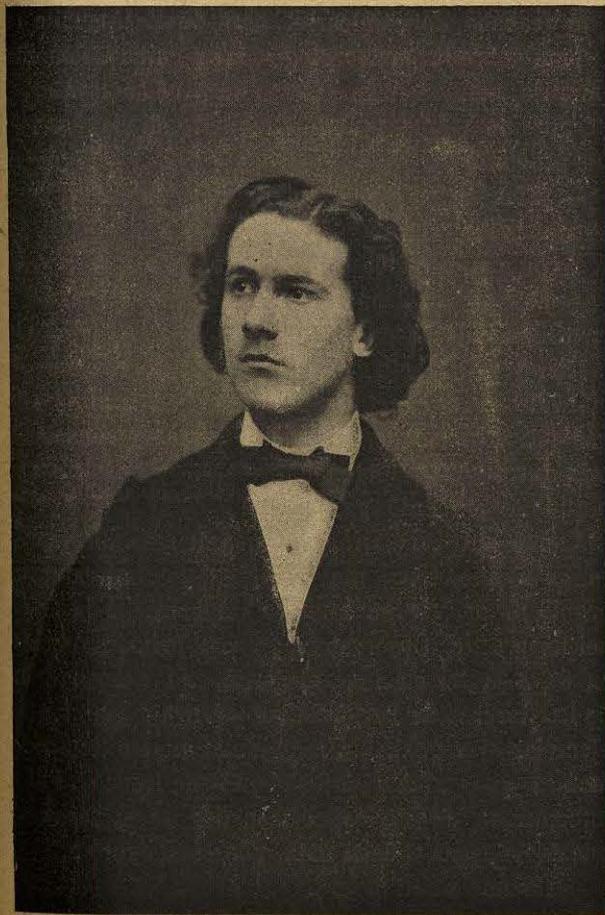
« Hasta podemos publicarlo aquí mismo, añadió. ¿No somos los impresores librereros del Observatorio? »

Le manifesté a la vez mi extrañeza y mi placer, confesándole que yo no lo había escrito con aquel fin, lo mismo que otras dos obras que me había distraído en componer para entretenerme tan sólo, y declarando que, por una parte, la obra no estaba terminada y que, por otra, debía, si merecía los honores de la impresión, volverla a escribir enteramente y modificar su forma.

— Haga usted como mejor le parezca, me dijo. Y con lo que quiera que resuelva, estamos siempre a su disposición.

Confieso que no había pensado ni mucho menos en las condiciones en que los editores pueden publicar las obras de los escritores; no había parado mientes si esta composición me reportaría alguna ventaja

pecuniaria, ni si tendría que pagar la impresión, ni



EL AUTOR Á LA EDAD DE VEINTE AÑOS.

si los autores hacían tratos con sus editores. Debí parecerle un poco sorprendido sin embargo, porque

BIBLIOTECA ALFONSIANA
 U. A. N. I.

yo no contaba entonces ni con un solo céntimo de economías. Se levantó, fué a buscar un folleto en 8° que acababa de publicarse, obra de Mathieu de la Drôme sobre la meteorología, muy cuidadosamente impresa, aunque en caracteres un poco compactos, y después de hojeado, vuelto y revuelto mi manuscrito, me preguntó :

— ¿Tiene usted mucho interés en publicar sus conclusiones filosóficas?

Y como yo vacilaba en responder, continuó :

— Es que nosotros somos una librería puramente científica. Las bases de su idea son la astronomía y la fisiología, y ellas bastan para una primera edición. Con estas cuartillas tendremos un tomo de este género, al precio de dos francos, que no le costaría más que algunos cientos de francos... y quizás nada, porque se venderá seguramente.

Acepté su proposición sin pensar más allá y, durante el año 1862, me consideré verdaderamente orgulloso de ver mi nombre impreso con la firma del librero del Observatorio, y esta primera edición en 8°, a la vez clásica y elegante, en los escaparates de los librerías de París. Se habían tirado quinientos ejemplares, y yo había recibido al mismo tiempo la factura que subía a varios cientos de francos. Fuí a informarme de M. Mallet-Bachelier de la fecha en que debía pagar aquella nota, y me respondió :

— Cuando usted quiera.

Esta vaga respuesta me satisfacía. Hice entonces en mi cabeza las mejores combinaciones para poder coger cada mes un poco de dinero de mis sueldos, y mis padres consintieron en ello. También podía dejar de comprar libros durante algún tiempo y reservar

pequeñas economías. Mis esperanzas eran pues perfectamente de color de rosa, cuando, de pronto, me suprimieron el sueldo!...

Hasta ahora no he dicho que M. Le Verrier tenía el carácter más espantoso que pueda imaginarse.

Altanero, desdeñoso e intratable, este autócrata consideraba a todos los funcionarios del Observatorio como si fueran esclavos.

Era detestado por todos. El día de su llegada al Observatorio de París, el 5 de febrero de 1854, nombrado por decreto imperial para suceder a Arago, todos los antiguos funcionarios se marcharon sin excepción ¡Allí no quedó nadie! Hasta la oficina o *Bureau* de las Longitudes cambió de sitio y se desterró del Observatorio para ir a instalarse al n° 76 de la rue de Notre-Dame-des-Champs. El nuevo personal fué más bien una tribu de nómadas. Desde el primer año, de los dos astrónomos principales, Goujon y Mauvais, el uno se suicidó y el otro se volvió loco. Nadie podía trabajar allí tranquilamente, y cada cual procuraba abandonar su puesto lo más pronto posible. Liais se marchó al Brasil y Chacornac a Lyon, en la soledad de un barrio desierto. Durante el reinado de Le Verrier (1854-1870), ciento cuatro funcionarios pasaron por el Observatorio, sin serles posible permanecer en su puesto. Yo pude estar cuatro años, y soy uno de los que tardaron más en marcharse.

Mi hora de partida había sonado a mi vez en el terrible reloj dictatorial.

Yo no tuve ninguna escena desagradable con el irascible autócrata. Me dijo solamente, con su tono

BIBLIOTECA ALFONSIANA
 U. A. N. I.

habitual autoritario que no admitía réplica : « Veo, caballero, que usted no quiere permanecer más tiempo aquí. Nada es más sencillo ; puede usted retirarse ».

Había cesado de darle gusto ; todo lo que yo hacía era malo ; mis ideas eran falsas ; yo no era un alumno astrónomo, sino un alumno poeta. Cuando se quiere matar a un perro, se declara que está malo.

Este carácter entero e intratable del brutal director no disminuye en nada su genio de matemático ; pero ejerció la más funesta influencia en la administración del Observatorio de París. Más tarde supe que la verdadera causa de aquel carácter hipocondriaco era una enfermedad del estómago.

Obligándome a abandonar el Observatorio para no sufrir por más tiempo aquellos interminables chismes, M. Le Verrier destruía mi carrera, como se rompe un vaso sin el menor escrúpulo. Envidioso de toda independencia y de toda iniciativa personal, estaba acostumbrado a reinar solo y a aplastarlo todo. Pero para mí, el acontecimiento era grave y llegaba en un mal momento. Yo no soy malo, y se asegura que tengo un buen carácter. Sin embargo, al partir, hice un juramento, como lo hacían antiguamente los romanòs, nuestros abuelos ; el juramento de vengarme : ¡ « ME HACE PARTIR, ÉL PARTIRÁ ! »

Como se verá después, mantuve y cumplí este juramento. Más lejos hablaremos de la Revocación de M. Le Verrier, que fué bastante sonada. El que siempre vientos recoge tempestades.

Pero mientras tanto, yo caía en un abismo desconocido, y me encontré varios días absolutamente

desamparado. Se pensó hacerme entrar en el Ministerio de Trabajos públicos, en las oficinas de la Estadística general, de la que era director M. Legoix, y también en la oficina de M. Belgrand, director de los parques y jardines, en el Ayuntamiento : pero yo no llegaba a tomar ninguna decisión. Hubiera podido permanecer más largo tiempo en una situación bastante precaria, si no hubiera tenido por amigos... a los enemigos del fogoso dictador.

Después de haber pasado mi bachillerato, había pensado primero continuar mis estudios para la colación de los grados, el licenciado, el doctorado, y seguía, en la Sorbona, los cursos de cálculo diferencial y de Mecánica celeste. Delaunay me había notado en su curso y había hecho su conocimiento personal. Fui a visitar a dicho astrónomo para explicarle lo que me acababa de ocurrir y pedirle consejos. « Tanto mejor, me dijo, nadie puede permanecer al lado de ese monstruo. ¿ Quiere usted venirse conmigo ? »

Habitaba este profesor en la rue de Notre-Dames-Champs, n° 76. En la misma casa vivían MM. Mathieu y Laugier. M. Mathieu era el cuñado de Arago y aquella casa le pertenecía. M. Laugier era su yerno. Allí era donde estaba el Bureau de Longitudes. Estos sabios eran todos enemigos irreconciliables de Le Verrier, hasta el punto que habiendo muerto en 1857 uno de los astrónomos titulares del Bureau de Longitudes, Largeteau, no habían querido proceder a su reemplazo, por no verse obligados a nombrar a Le Verrier, a quien correspondía el puesto, porque era *miembro adjunto* desde el año 1846 ! Y en efecto, no se le aceptó, a él, al ilustre Le Verrier, como astrónomo

CARTELLA ALFONSINA
 BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
 U. A. N. I.

titular del Bureau de Longitudes sino en el año 1862, *después de haberle hecho esperar durante diez y seis años como adjunto*, y no se tomó esta decisión sino porque las elecciones se imponían inexorablemente, por haber muerto todos los astrónomos titulares, a excepción de Liouville.

Delaunay, que me conocía como alumno de la Sorbona, me presentó, en el acto, a M. Mathieu, presidente efectivo del Bureau de Longitudes (el mariscal Vaillant era presidente por la forma), y fui recibido como calculador en aquellas oficinas y encargado del cálculo de las posiciones de la Luna en el *Connaissance du Temps* y con el mismo sueldo que en el Observatorio, o sean 200 francos por mes. Se trataba de transformar las posiciones de la Luna en longitud y latitud en ascensiones rectas y declinaciones, simple asunto de trigonometría. Estas páginas del *Conocimiento de los Tiempos* correspondientes a los años 1866 y 1867 fueron calculadas por mí en 1862 y 1863.

Como se vé, había salido del abismo en que me había hecho caer M. Le Verrier.

El Bureau de Longitudes y sus oficinas de cálculos estaban instaladas, como ya he dicho, en la casa de M. Mathieu, rue de Notre-Dame-des-Champs, nº 76. Éramos cuatro calculadores, trabajando en una hermosa habitación que formaba ángulo, en el tercer piso, cada uno en nuestra mesa, con una vista agradable sobre los jardines de la vecindad. La duración del trabajo era la misma que en el Observatorio. Otros dos calculadores, muy antiguos, Ulises Bouchet y Marco Antonio Gaudin, nacidos bajo la Revolución, como indican sus nombres, trabajaban en sus casas.

Después de esta época, el Bureau de Longitudes ha sido instalado (en 1873) en un inmueble severo que ocupa el fondo del patio del Instituto.

Mi carrera astronómica podía pues continuarse como en el Observatorio.

Al mismo tiempo, mi obra, que acababa de aparecer, llamaba la atención pública, y, en algunos meses, la edición se había agotado. Cuando fui a ver al editor, para pagar mi factura, hizo la cuenta diciéndome que todo se había vendido y que los ingresos y gastos se igualaban : yo no le debía nada.

En este intermedio, había yo recibido proposiciones de M. Didier, fundador de la librería académica, el que, sabiendo que yo no tenía hecho trato con la librería Mallet-Bachelier, me pedía publicar mi obra con la parte filosófica que yo había reservado. La librería académica era célebre. Allí era donde se publicaban las obras de Guizot, Cousin, Villemain, de Barante, Montalembert, Alfredo Maury, Amadeo Thierry, Barthélemy Saint-Hilaire y un gran número de académicos. Una tal proposición no podía por menos de ser aceptada con reconocimiento por el joven principiante, tanto más cuanto que, comunicándome M. Didier sus tratos con los miembros del Instituto, me anunciaba que el mío sería absolutamente lo mismo que el de ellos. El volumen fué considerablemente aumentado por mí y apareció en 1864, en una bella edición en 8° a 7 frs. 50, que se agotó a su vez muy pronto, y a la que sucedió, en el mismo año 1864, otra edición en 12° a 3 fr. 50, formato conservado desde entonces en las ediciones sucesivas, que llegan hoy a la cuadragésimaprimerá, y tirada cada una a mil ejemplares.

CASTILLA ALFONSINA
 BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD DE MADRID
 U. A. Y. I.

Para una obra de ciencia y de filosofía, escrita por un desconocido, era aquél un éxito completamente inesperado. Para dar un ejemplo de ello, daré aquí la lista de los principales artículos escritos sobre esta primera producción de un joven autor :

- El cura MOIGNO, *Cosmos* del 19 de diciembre de 1862.
 J. RAMBOSSON, *Gazette de France* del 31 de diciembre de 1862.
 ALLAN KARDEC, *Revue Spirite* del 1º de enero de 1863.
 P. F. MATHIEU, *Revue Spiritualiste* del 1º de enero de 1863.
 MELVIL-BLONCOURT, *Revue. du Monde Colonial*, 15 de marzo de 1863.
 LEOPOLD GIRAUD, *La Science pour Tous* del 23 de abril de 1863.
 P. F. MATHIEU *L'Opinion Nationale* del 7 de junio de 1863.
 WILFRID DE FONVIELLE, *Presse Scientifique*, junio de 1863.
 HENRI MARTIN, *Siècle* del 14 y 15 de agosto de 1864.
 FERDINAND HOEFER, *Cosmos* del 8 de septiembre de 1864, y en su *Histoire de l'Astronomie*.
 GUSTAVE MERLET, *La France* del 20 de septiembre de 1864.
 EDOUARD DE BARTHÉLEMY, *Le Nord* del 12 de octubre de 1864.
 GÉDÉON BRESSAN, *La Science pour Tous* del 20 de octubre de 1864.
 LÉON GARNIER, *La Ruche Parisienne* del 12 de noviembre de 1864.
 PAUL ROUSSELOT, *Revue de l'Instruction publique*, 10 y 17 de noviembre de 1864.
 ROSELLI-MALIBRAN, *Monde Musical*, nov. y dic. de 1864.
 ERNEST MENAULT, *Moniteur Universel* del 5 de febrero de 1865.
 ANDRÉ LEFÈVRE, *l'Illustration* del 11 de marzo de 1865.
 J. E. ALLAUX, *Revue Contemporaine* del 15 de marzo de 1865.
 SAINTE-BEUVE, *Le Constitutionnel* del 22 de mayo de 1865 y en las *Causeries du Lundi*.
 L. CHANTREL, *Bibliographie Catholique*, mayo de 1865.
 ERNEST BERSOT, *Journal des Débats*, 23 de mayo de 1865.
 ANTONY MERAY, *L'Opinion nationale* del 8 de julio de 1865.
 CHARLES DE RÉMUSAT, *Revue des Deux-Mondes*, 26 de julio de 1865.

Estos son los principales artículos de la prensa francesa, y no puedo por menos de renovar aquí, a la memoria de sus autores, la expresión de mi reconocimiento. La prensa inglesa, alemana y americana

no estuvo menos generosa. Sería difícil encontrar hoy un tal concurso, porque lo que los periódicos reclaman en primer lugar; ante todo, aparte de algunas raras excepciones, es ser pagados por editores, por no parecerles sin duda los libros otra cosa que un objeto de comercio ordinario.

Todos estos artículos de presentación no eran elogios. Los del cura Moigno y el de J. Chantrel eran hasta de violentas críticas.

Pero, al lado de estas críticas, mi agradecimiento fué inmenso desde el principio hacia los célebres escritores que, como Sainte-Beuve, Henri Martin, Ernest Bersot, Charles de Rémusat, Hoefer, Gustave Merlet, Alaux, Rambosson y Allan Kardec, me dispensaron el insigne honor de publicar verdaderos estudios sobre mi obra. Sería demasiado largo citar estos numerosos estudios, aun en resumen. Citaré solamente en el del historiador Henri Martin, en el periódico *le Siècle*, esta frase que lo resume : « M. Flammarion ha puesto la mano sobre una rama maestra del árbol de la ciencia, sobre la que quizás era la más urgente de poner sus frutos al alcance de todos ». Y señalaré también la conclusión del artículo de Allan Kardec, director de la *Revue Spirite* y fundador del espiritismo :

« Al ver la suma de ideas contenidas en esta obra, no puede por menos de parecer extraño que un joven, de una edad en que otros están aún en los bancos de la escuela, haya tenido el tiempo de apropiárselas, y a mayor abundamiento, profundizarlas; esta es para nosotros la prueba evidente de que su espíritu no está en su principio, o que a escondidas suyas ha sido asistido por otro espíritu ».

CAROLINA ALFONSO
 BILBAO
 N.º 4 N.º 1.º

De todos estos testimonios halagadores, el que me impresionó más fué el de Victor Hugo que, aunque no fué publicado, llegó a mí en forma de carta personal. Yo le había enviado, como humilde homenaje, mi primera edición y recibí una magnífica respuesta fechada en Guernesey, el 17 de diciembre de 1862, en la que se lee :

« He dicho, hablando de Dios, en las *Contemplaciones* :

El apropia,
A cada astro una humanidad.

« Pienso como usted. Le doy las gracias y le felicito por su obra.

« Las materias que trata usted son la perpetua obsesión de mi pensamiento y el destierro no ha hecho sino aumentar en mí esta meditación, al colocarme entre dos infinitos, el Océano y el Cielo... Me siento en estrecha afinidad con espíritus como el suyo. Sus estudios son mis estudios. Sí; penetremos el infinito : ese es el verdadero empleo de las alas del alma ».

¡Y cómo no sentirme emocionado, halagado, de la cita que hace de mí en su penúltima obra, *Post-Scriptum de ma vie !* :

« Más allá del mundo de los planetas, está el mundo de las estrellas ; más allá del mundo de las estrellas, está el mundo de las nebulosas. ¿Quién sabe dónde se parará la observación humana? De Francœur a Flammarion, el telescopio ha hecho subir las estrellas de sesenta á cien millones. »

Cuando el inmortal poeta volvió a Francia, después de la caída del Imperio, me encontraba en relaciones con él, y yo apreciaba la pasión que él tenía por la astronomía, la verdadera, la astronomía viva, la ciencia de los mundos actuales, pasados y por venir.

Una de mis grandes satisfacciones fué ver mi obra inmediatamente traducida en las principales lenguas de la Europa, en alemán, en inglés, en español, en portugués, en italiano, en ruso, en danés, en sueco, en polonés, en tcheque, en árabe, en turco y hasta en chino, — y en estereotipia para los ciegos.

La astronomía se cierne por encima de la política, y las divisiones humanas, cualesquiera que sean, le son completamente extrañas. Un día, uno de los autores acreditados de la Librería académica, M. Alfredo Maury, del Instituto, que era bibliotecario de las Tullerías, y estaba en relación frecuente con Napoleón III, del que era colaborador en la redacción de la *Historia de Julio César*, me dijo que había presentado mi obra al emperador. He aquí la relación que se puede leer en el *Cosmos* del 15 de diciembre de 1864, con el título : *Le Livre de M. Flammarion à la Cour de l'Empereur*.

« El emperador se ha interesado particularmente en esta obra y no ha podido substraerse a la sorpresa que se manifiesta cuando se nos muestra la insignificancia y, por decirlo así, el nada de la Tierra ante la inmensidad grandiosa de las creaciones del cielo.

« Lo que ha sorprendido más particularmente al emperador y más ha cautivado su atención, es el grabado que representa el tamaño comparado del Sol y de la Tierra, donde se ve una bala de cañón al lado de un guisante « ¡Cómo ! ¿ aquí estamos nosotros ? exclamó, ¿ es posible ? ¡ Cuán poca cosa somos ! »

« En el almuerzo de la corte, — esto ocurría en Saint-Cloud, el viernes 21 de octubre — la conversación recayó sobre el nuevo libro y sobre el alcance de tales consideraciones para atenuar la vanidad humana y enderezar las falsas concepciones del hombre sobre su grandeza completamente nominativa. A este punto de vista, la astrono-

BIBLIOTECA ALFONSIÑA
MUSEO DE CIENCIAS Y LETRAS

mía se mostraba revestida de una autoridad nueva sobre los razonamientos del espíritu humano, y su utilidad filosófica no parece inferior a su utilidad científica. Ella venía a ocupar un puesto entre los principios fundamentales que deben formar la base de las creencias humanas.

« A la vista de la representación geométrica de los valores del Sol y de la Tierra, la emperatriz recibió una impresión más viva aun que la del emperador más familiarizado con los hechos de la observación moderna. « ¡Pero esto no es posible, dijo ella, nosotros no somos tan pequeños como esto! — Pensad ahora, señora, repuso el emperador, en el pequeño espacio que ocupamos sobre esa pequeña tierra... »; y como nuestra graciosa soberana quedara pensativa: « No pensemos más en ello, añadió el emperador, esto nos hace imperceptibles, y trabajo ha de costar destruirnos ».

« La conversación recayó en seguida sobre las verdades astronómicas de que había sido sacada la doctrina de la pluralidad de los Mundos: sobre la grandeza y naturaleza de los planetas, sobre la distancia de las estrellas y la velocidad de la luz, sobre la extensión del cielo visible y los descubrimientos telescópicos. M. Maury, que había presentado la obra de M. Flammarion, explicó estas grandes verdades de la ciencia moderna y se extendió notablemente sobre las investigaciones de Roëmer y sobre las medidas relativas a las distancias celestes. El joven autor fué así favorecido de tener por intérprete al ilustre historiador de la Academia de Ciencias ».

Esta historia es transcrita aquí textualmente. Cuando M. Alfredo Maury me la refirió, en la librería Didier, me hizo el honor de añadir, que si yo lo deseaba, me presentaría al emperador y a la emperatriz. Desprovisto entonces, como hoy, de toda especie de ambición, y republicano puro, recibí la invitación sin entusiasmo y respondí, al darle las gracias, que volveríamos a hablar de ello « uno de aquellos días ».

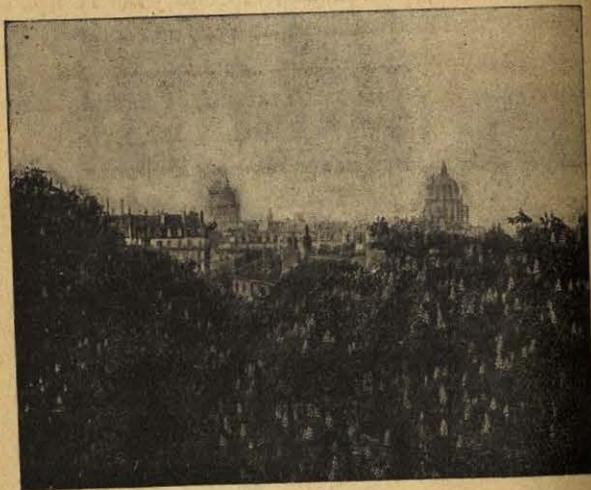
Ese día no ha llegado jamás, aunque continué en relaciones con el célebre académico.

Pensando en M. Alfredo Maury, me acuerdo de su alojamiento en el Instituto. Habitaba en el segundo piso del ala del palacio de Mazarino que da al oeste, sobre el quai Voltaire. La vista era allí admirable sobre el cielo, el horizonte, el Sena y las Tullerías; pero las ventanas estaban un poco más altas que la cabeza, de manera que era preciso subir sobre un banco para ver el suelo. Sentado en la habitación, no se veía nada. Cualquiera se hubiera podido creer en una prisión. Esto es pagar caro los alojamientos oficiales gratuitos, puesto que el que los ocupa está condenado a vivir así encerrado. Una ventana ordinaria es mucho más preferible. Pero no hay pocos funcionarios que están encantados de no pagar alquiler y que no han dado jamás un céntimo a ningún propietario.

Es preciso tener un temperamento especial para desear conquistar ciertas habitaciones célebres del palacio del Instituto y de los diversos establecimientos científicos. M. Carlos Blanc, que era por tanto un artista, secretario perpetuo, si mal no recuerdo, de la Academia de Bellas Artes y M. Gaston Boissier, otro secretario perpetuo, académico delicado y fino letrado, vivían en antiguas y sombrías habitaciones en donde no tenían por horizonte, a algunos metros de distancia, sino las viejas casuchas de la rue Mazarine. ¿Cómo se puede vivir, respirar y pensar en tales calabozos? Los ladrones, confinados en Fresnes, están ciertamente mejor alojados. ¿Es el gusto de tener su dirección en el Instituto, o de no tener que pagar alquiler ni contribuciones, de lo cual se va-

CARILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA DE LA ACADEMIA DE CIENCIAS

nagloriaba el centenario Chevreul, en los Gobelinos y en el Museo durante toda su vida? La florida ventana de Jenny la obrera es de otra manera interesante. Yo habito aún hoy, desde hace cuarenta años, en el quinto piso, en el ángulo de la avenida del Observatorio y de la rue Cassini, muy cerca del



Los alrededores del Observatorio.
(Vista tomada desde mi balcón.)

Observatorio, mi *appartement de garçon*, porque está rodeado por todas partes de árboles, de jardines, de pájaros, de calma tranquila, de mirlos cantadores, y porque la vista de que se goza desde mi balcón es verdaderamente astronómica; un día, Carlos Blanc que había venido a almorzar conmigo, para hablar un poco de astronomía, quedó sumido en una admiración sin fin. Le acompañé después a su casa, y mi sorpresa fué tal entre aquellos muros, amueblados

de libros, es verdad, pero sintiéndose la prisión desde la escalera, al punto de no poder por menos de hacerle la reflexión.

— ¡Tú ves! dijo volviéndose hacia su esposa, ¡tú ves el mérito que adquiero con vivir aquí!

— Pero, amigo mío, replicó la señora, todo el mundo no habita en el Instituto; la cocina es grande, y los viejos armarios son tan cómodos! En las casas modernas no hay medio de colocar ni un vestido.

Pero volvamos a mi primer libro y a su época.

Todo no era absolutamente de color de rosa, sin embargo, en el éxito obtenido. Fui atacado por una parte por los periódicos ultra-clericales y por otra por los corifeos del trono napoleónico que vituperaron con violencia mi sentimiento de horror contra las conquistas del sable y contra la mentalidad humana general creada por un largo atavismo de esclavitud. Yo había escrito en mi libro :

Los hombres, que están ya a la cabeza de combate perpetuo a que los seres vivientes se entregan sobre la Tierra, han llevado todavía al extremo esa ley desastrosa volviéndola contra ellos mismos, y, desde el origen de las sociedades, en medio de las civilizaciones más avanzadas como en el seno de la barbarie, la Guerra inicua e insensata ha llevado las riendas de las naciones humanas. ¿Lo creeréis vosotras, poblaciones apacibles del espacio? El hombre ha llegado aquí a una tal aberración, que ha hecho una diosa de esa Guerra, a la que adora! Sí; los habitantes de la Tierra contemplan con veneración a ese Moloch hambriento; y, por una convención mutua, dan la palma de los honores y la diadema de la gloria a los más crueles de entre ellos y cuya habilidad es más grande en la carnicería. ¡He aquí nuestro mundo! ¡Gloria al que amontona los cadáveres en las llanuras enrojecidas; gloria al que llena las fosas; gloria al que cuyo ardor frené-

tico hace reclutar alrededor de su bandera sangrienta mayor número de tigres, y hace marchar hordas de verdugos sobre el vientre de las naciones destrozadas!

Excusado es decir que esto no era hacer por mi parte la corte al Poder.

En aquella época, en pleno régimen napoleónico, un tal juicio era mirado de bastante mala manera, y parecía manchado de peligrosa independencia. Yo fui clasificado, por lo demás con razón, en el número de los apóstoles del pacifismo, y, aunque no estaba afiliado a ninguna sociedad me comprometieron a asistir a más de un congreso, especialmente al de Lausanne, en 1869, en el que tuve el honor de encontrarme con Victor Hugo. Las ideas de paz general y de arbitraje parecían entonces bien lejanas de una realización posible. Había hombres — y los hay siempre — que no estimaban más que el argumento de los puños. Por otra parte, es bien cierto que, para ser eficaces, estas ideas deben predicarse lo mismo en Francia que en los demás países, y deben difundirse simultáneamente por todos los pueblos. Esto es lo que hacía mi libro, cuya primera traducción extranjera fué una traducción alemana.

XIII

El espiritismo. — Me lanzo en este estudio. — Allan Kardec — Los medios. — Experiencias de Victor Hugo en Jersey. Madame de Girardin. — Augusto Vacquerie. — Eugenio Nus.

Este libro hacía remover más de una idea. Anteriormente se ha visto, entre los artículos citados, la conclusión del de Allan Kardec. En aquella época (1862), el estudio del espiritismo me ocupaba una buena parte de mis horas de ocio. Anteriormente he hablado sobre mis turbaciones y mis angustias sobre nuestro destino después de la muerte. Habiendo oído hablar de experiencias que parecían aportar un elemento nuevo a esta grave investigación, me precipité por esta vía. En el mes de noviembre de 1861 observé bajo las galerías del Odeón un libro titulado *Le livre des Esprits*, por Allan Kardec, en el que la vida futura y los otros mundos están descritos por suposición por espíritus que los conocían. Después de haberlo hojeado, no sin extrañeza, lo compré y lei con avidez, y, queriendo darme cuenta de los hechos expuestos, entré inmediatamente en relación con el autor y asistía a todas las sesiones de la sociedad espiritista, de que él era